

a orientar su trayectoria próxima. No es prematuro y si tampoco necesario, cuando menos deja una enseñanza proficua, inovidable. Y esta ahoga la desazon posterior causada por el libro que hubiéramos querido después mantener inconfesado; la ahoga y acaso, acaso... la convierta en una diminuta simpatía agradecida hacia el volumen lanzado en la adolescencia impaciente.

Gladys Smith, aunque sea duro confesarlo, se encuentra distante de este caso, no existiendo ningún motivo apreciable que justifique la aparición de sus *Liros del alba*. Es cierto que debido a su extrema juventud podría perdonársele este libro, ya que es propio de la adolescencia engañarse y extraviarse, creerse capacitado para labores cuyas condiciones naturales no se poseen y cuya ausencia es notada después—siempre que el equivocado tenga un poco de sentido común—abandonándose aquellas labores definitivamente. Queremos creer que Gladys Smith lo hará así con el tiempo, pues no sería posible encontrar condiciones líricas en ella, a no ser que se fuera propietario de una benevolencia ilimitada, cuando los mejores versos de su libro son los siguientes:

Yo me siento morir, yo se que
 [pronto, inexorablemente,
 a mi vendra la Muerte y con gesto
 [triumfal
 de entre los brazos bellos de la pia-
 [dosa Vida
 con crueldad infinita me habrá de
 [arrebatar.

Yo se que muy en breve, Amor,
 [tu que sentiste

entre tus blancas alas mi quimera
 [vibrar,
 verás que para siempre esa Nada
 [implacable
 tus seductores lazos se atreverá a
 [arrancar. Etc.

Seguramente, en algunos años más, la señorita Gladys Smith estará en condiciones de encontrarnos razón.—A. T.

CIENCIA DE LA PALOMA Y TRÉBOL,
 por José Varallanos.—Editorial
 Hidalgo. Lima.

Paul Valery ha dicho que el problema de la libertad en el arte es problema de disciplina. En seguida esclama: «Paradoja dramática». ¿Paradoja? Creemos que no, pues nos parece imposible concebir la libertad sin disciplina (1) ya que esta ha sido una consecuencia imperiosa de aquella, una consecuencia y ahora elemento paralelo y convergente.

Nadie desconoce que el concepto de libertad es anterior al de disciplina, que sin aquel no es posible éste y que si la disciplina ha nacido de la libertad es porque esta necesita de aquella como la rama necesita del árbol y como este de la rama, para cumplir en totalidad su destino.

Paradoja, no; dramática, sí. Lucha dramática más bien, pero no por conciliar una antinomia aparente sino por alcanzar dos facultades necesarias para dirigir el temperamento, la sensibilidad, la poten-

(1) La libertad como concepto social no nos interesa porque es una falacia demagógica.

cia creadora: libertad y disciplina.

José Varallanos es poseedor de ambas facultades que, según Apollinaire, son también la característica del espíritu nuevo, como lo manifestaba en un ensayo sobre este y los poetas, al decir que el espíritu nuevo reclamaba ante todo la disciplina y la libertad. Esta libertad y esta disciplina que se confunde en el espíritu nuevo, constituyen su característica y su fuerza, terminaba.

En esta *Ciencia de la Paloma y Trébol* existe, palmariamente, esa característica señalada por Apollinaire, apareciendo en ella, perfilada con firmeza y nitidez, una disciplina íntima y una tranquila libertad expresiva, dualidad difícil de encontrar en la lírica de estos años, tan desorientada como titubeante. Es por eso una alegría la constatación de la existencia de un hombre, de un poeta para ser preciso, que posee esas cualidades esencialmente convergentes en la obra de arte: disciplina, libertad.

Para José Varallanos esto es una verdadera conquista, porque ambas cualidades estaban ausentes de su obra primigenia, conquista desde luego que lo ha dignificado, quitándole esa exuberancia dañina—haciéndose muy persistente a través del *Hombre del Ande que asesinó su esperanza*—y que le señalamos en esta misma Revista como uno de sus grandes defectos; pero, confiando al mismo tiempo en el temperamento de Varallanos y sabiéndolo suficientemente poderoso y capacitado para desplazar de su orbita, al correr de los años, toda frondosidad, como lo

ha conseguido en su *Ciencia de la Paloma y Trébol*.

Llama la atención en el último libro del poeta peruano—fuera de la diferencia ya apuntada—el contraste que presenta con su obra primera. Esta, que además de evidenciar el estado de formación de un poeta, acusaba la presencia de una personalidad en busca del cauce necesario para desenvolverse en totalidad, no hacia predecir que este cauce fuera el ahora encontrado por Varallanos, pues existe una desconexión manifiesta, demasiado fácil de advertir, entre *Ciencia de la Paloma y Trébol* y *El hombre del Ande que asesinó su esperanza*. Esta obra tenía un robusto sabor vernáculo y andino, más bien indigenista—modalidad muy explotada en el Perú y llegada a su resultado más artístico en Alejandro Peralta—y estaba saturada de una fuerte emoción, que a menudo desbordábase en gemidos hondos, en gritos vigorosos, apareciendo también de vez en cuando un sentido popular de la poesía. En cuanto al vehículo expresivo, usaba entonces José Varallanos un lenguaje extenso, sonoro, en versos de fatigadora amplitud.

En su último libro todo esto ha desaparecido. Hoy día Varallanos emplea un verso breve, pero intensamente cargado de sugerencia:

Doy sueño a los ojos.

Late el mar en mapas.

Luna, luna en tu ropero,
amanecer en tus manjares.

Bien crecido gozo.

Mi dedo manufactura
música para su oído.

Casi tamaño del sueño
alegría de mi pertenencia.

Verso breve, ascético, sin ningún elemento accesorio, sin ningún nuevo recurso retórico para alcanzar su expresión poética, para concretar su sentido lírico, admirable de transparencia, Bien puede decirse de este verso, de esta poesía de José Varallanos que es una poesía de sobriedades, de contención, pues en ella se usan las palabras matemáticamente exactas y necesarias, rehusando las que puedan traspasar el sentido auténtico por no hacer concesiones a lo decorativo, a la riqueza exterior, al adorno. Ni siquiera encontramos novedad técnica, suponiendo la existencia de una técnica poética como un conjunto de reglas más o menos elásticas—ahí radicaría su novedad —pero de uso colectivo. Varallanos ha sabido ir más allá de esa novedad técnica, más allá también de los artificios tipográficos que al decir de Apollinaire tienen la ventaja de hacer nacer un lirismo visual que era desconocido antes de nuestra época, pero que por la ausencia de raigambre vital, agregamos nosotros, nunca ha tenido importancia. Mas, si la técnica la formulamos como la manera personal de decir, José Varallanos la posee. Y ahí está, precisamente, el eje de su novedad.

Otro aspecto digno de hacer resaltar en *Ciencia de la Paloma y Trébol* es su coherencia, su unidad, resultado consecuente del dominio por Varallanos de las facultades ya apun-

tadas al principio de este comentario. Se ve la misma mano experta conduciendo los hilos interiores de esta fina red de poemas. Nada discordante, nada inarmónico se entrelaza en su tejido ni ningún elemento extraño enturbia su ponderada claridad:

Soy el hombre claro
que canta en madrugada.

dice el mismo Varallanos, con mucha exactitud, pues su poesía tiene la diafanidad suave y la frescura de la amanecida. Sólo de vez en cuando, muy raramente, estos poemas se amenizan o devienen en «nueva vulgaridad». Pero esto es aislado y nada le restan a la inmejorable sensación de conjunto. Ahora esa intimidad tan conseguida y depurada, esa emoción tan sabiamente contenida y dirigida para dar el efecto preciso:

Y quenás de niños dulces
apagan sollozos, olvidos.

Silba el viento colegial
yaravi de los días queridos.

Y además, esa interpretación tan viva y apartada de las cosas, esa mirada tan penetrante para explorar lo que estas y el mundo, ocultan, que bien podría repetir este poeta, haciéndolo suyo, aquel verso de Arturo Rimbaud:

Et je vu quelque fois se que l'homme
[a cru voir.

Para terminar, diremos que esta *Ciencia de la Paloma y Trébol* es, junto con aquella admirable *Vigilia por dentro* de Humberto Díaz Casa-

nueva, el mejor libro publicado en los últimos años a lo largo del litoral suramericano del Pacífico.— *Arturo Troncoso*.

AUSENCIA. por *Arturo Torres Rioseco*.

Poeta y escritor chileno de vasta nombradía en España y en América, sólo en Chile no gozaba Torres Rioseco del justo prestigio que merece. Pero ¿cuál de nuestros grandes valores espirituales tiene entre nosotros el respeto de las gentes? Dos figuras chilenas han llegado a las fronteras de todos los países, política una y literaria la otra: Arturo Alessandri y Gabriela Mistral. Y mientras en el extranjero se les reverencia como a personajes del universo, en su patria se les discute y se les niega con empecinamiento de indios atormentados. Es la mezquina idiosincrasia criolla.

El autor de *Ausencia* (1) ha necesitado vivir catorce años en Estados Unidos, ejerciendo su cátedra de literatura hispano-americana; ha necesitado publicar su *Rubén Darío*, estimado ya como el único estudio definitivo de la vida y la obra del nicaragüense genial, y traernos este libro de poemas, para que en Chile no se niegue su existencia como poeta y como crítico.

No conocemos de Torres Rioseco su libro *En el encantamiento*, que editara García Monge en Costa Rica hace diez o doce años, y no podemos, en consecuencia, ver la trayectoria de su lírica modernista. Pero

(1) Imprenta Universitaria. — Santiago de Chile, 1932.

nos basta con esta *Ausencia* clara y emocionada para decir que tenemos en él a uno de los grandes poetas de Chile y de América.

Sus Romances, el que da título al libro, sobre todo, nos parecen obras acabadas de elevación y de forma. Para encontrar en la moderna poesía del idioma cantos que pudieran comparárseles, habría que volver los ojos a García Lorca, el poeta de más nervio en la España de hoy.

Imágenes novedosas y sugerentes sin caer jamás en la charada vanguardista, y un dominio absoluto del lenguaje, dan al temperamento lírico de Torres Rioseco el fuerte relieve de un poeta auténtico.

En su canto a Caupolicán, de tan vigorosa entonación autóctona, vive el prestigio de la raza araucana con toda su grandeza indomable y dominadora. El soneto de Chocano, celebrado en América como el mejor poema en que se recuerda la hazaña del toqui lejendario, pasará a ser una producción de segundo orden ante la definitiva evocación de Torres Rioseco.

El autor de *Ausencia* queda ya al margen de críticas negativas, tan comunes en la prensa y en los corrillos literarios de Chile. Es un alto valor en la poesía del Continente, y sólo podrán desconocerlo los que rebajando méritos ajenos tratan de engrandecer la propia pequeñez.— *Carlos Préndez Saldías*.

CRITICA

Sobre el arte de la novela ha escrito Marcel Arland, joven crítico francés, algunas notas que vale